

Celebración del Matrimonio
de Sergio y Gui-Youn
22 sep. 07

Quiero saludar en primer lugar al pastor de la iglesia presbiteriana coreana de Madrid, D. Sung-Gul Cho y a los miembros de su comunidad que asisten a esta celebración. Quiero saludar y felicitar a los padres de Gui-Youn y a los padres de Sergio. A todos los demás, algunos viejos conocidos. A todos vosotros, gracia y paz de parte de nuestro Señor Jesucristo.

Queridos Sergio y Gui-Yong.

El matrimonio es, sin duda alguna, la realidad más hermosa de la creación de Dios, porque realmente es una institución dada en la misma obra creadora, del que es Señor único de todo, origen de todo, Dios Todopoderoso.

Dios creó todo por medio de su Hijo, por medio de su Palabra. Es muy importante que san Juan, llame así al Hijo de Dios, Palabra, Logos, en griego. Dos cosas diré sólo del significado de Logos. La primera, es que indica orden, inteligencia, armonía, racionalidad, belleza. Esto es lo propio del Logos. Y por tanto, indica que su obra, la creación, no es algo fortuito, ni azaroso, sino una obra querida, proyectada y puesta en marcha libremente por Dios con inteligencia, y con un fin, con una dirección. El matrimonio forma parte de esta realidad de la creación, realidad inteligible, que tiene su propio horizonte. Pues bien, el ser propio del matrimonio es la comunicación, libre y definitiva del amor entre un hombre y una mujer. Sólo este elemento que funda el matrimonio, hace de él, la palabra natural más elocuente de Dios.

Pero antes de seguir por ese camino, diré que, al llamar Logos al Hijo de Dios, san Juan no sólo hace referencia a la inteligibilidad de Dios y de su obra, sino también a una realidad de “comunicación”. En efecto, en castellano, solemos traducir Logos por Verbo o por Palabra. Y la Palabra hace referencia a la comunicación. Más aún a la comunicación de un ser espiritual, de un ser libre, que es dueño de sí y que sólo a través de un acto libre hace partícipe de su ser más íntimo al otro, a través de la Palabra.

Por tanto, al indicar que el Hijo, que lleva a cabo la obra creadora, es Palabra, está diciendo que es fuente de la misma racionalidad de Dios en la creación y que esa racionalidad es, al mismo tiempo, el lenguaje natural de Dios, la palabra natural con la que Dios comunica su ser. Toda la obra creadora se vuelve por eso, “palabra de Dios”, una palabra natural que habla al hombre, del orden, de la belleza, de la hermosura, de la grandeza del Creador. Y la palabra natural más elocuente sobre Dios, es el matrimonio, la donación y la recepción definitiva de dos libertades.

Es cierto que el pecado ha entenebrecido al hombre. Y el lenguaje natural de Dios se ha vuelto “babélico” para él. Es decir, que muchas veces es incapaz de descifrarlo. Pero a pesar de todo, sigue manifestando, para quien quiere escucharlo, a su creador.

Por tanto, el suelo natural, donde hay que entender y construir el matrimonio es la obra de la creación, tal cual Dios la ha querido. La voluntad creadora de Dios sobre el amor humano es el único fundamento sólido donde establecer el matrimonio. Y esta es la voluntad creadora: un hombre y una mujer libres que se dan y se reciben el uno al otro definitivamente. Y cuya unión es fuente de vida. Normalmente es fuente de vida en nuevos hijos, pero no es éste el único fruto vital del matrimonio. Porque aún donde por infertilidad faltan los hijos, el amor esponsal verdadero no es un amor cerrado sobre sí mismo, como no lo es el amor de Dios. El amor de los esposos genera vida en su entorno, precisamente porque es signo del amor de Dios, porque habla de Dios.

Si os habéis fijado, las palabras de Tobías y de Sara en su noche de bodas hacen referencia al Creador y a su voluntad salvífica. Insisto: la voluntad creadora de Dios es el suelo firme donde construir la vida matrimonial. Y en las palabras centrales de Tobías escuchamos: **“si yo me caso con esta hija de Israel, no es para satisfacer mis pasiones, sino sólo para fundar una familia en la que se bendiga tu nombre”**. Es decir, para hacer patente, a todos, la bondad de Dios. Para que la obra de Dios, vuestras propias personas, que ahora se entregarán mutuamente, sea signo del amor de Dios. Para que vosotros mismos, vuestros hijos, y los que os rodeen, reconozcan a Dios.

Ahora bien, el hombre no vive sólo en relación al suelo que pisa, sino también en relación al horizonte, a su futuro, a su meta. ¿Y cuál es el horizonte del matrimonio cristiano? El horizonte es la participación de un más grande, del amor infinito, eterno y perfecto de Dios. Sólo en este horizonte, caminando juntos hacia él, es posible que el amor conyugal permanezca y crezca. Sin este horizonte hacia el que dirigir los pasos de la vida, la necesidad de amor, de comprensión, de perdón y de afirmación de cada uno, acaba por devorar al otro. Somos realmente un misterio, hombres pequeños y limitados en nuestra capacidad de amar y de dar, pero con una necesidad insaciable de ser amados, con una necesidad radical de recibir de Otro el ser. Cuando perdemos de vista, cuando eliminamos de nuestro horizonte que sólo de Dios podemos recibir el ser, que sólo de él podemos esperar el amor perfecto y eterno, siempre gratuito, entonces intentamos sacarlo del otro, violentándolo, y destruyendo el amor. Sólo elevando juntos lo ojos hacia Dios y esperando de él la consumación definitiva del amor podemos hacer crecer día a día nuestro amor. Este es el horizonte: la comunión con Dios. Y esta es la llamada de Cristo: la participación en un amor más grande, el amor de Dios, el amor de la Santa Trinidad: **“Como el Padre me ha amado, así os he amado yo: permaneced en mi amor”**. La participación en el amor de Dios, en la vida de Dios no es una ensoñación, no es el sueño de una mente calenturienta, porque ya ha tenido un principio: El Hijo eterno, se ha hecho hombre, el Hijo eterno, el Verbo nos ha mostrado y nos ha revelado el amor de Dios. ¿Dónde? –En la cruz. Buscad siempre allí la palabra definitiva de Dios sobre vosotros. Y escucharéis una palabra de amor total, de amor gratuito, de amor definitivo, de amor exclusivo, de amor para siempre.

Nuestro horizonte es el del amor eterno de Dios. Caminad juntos hacia él. Es el horizonte que se ha abierto con la resurrección del Señor. Las palabras del Evangelio, que nos hablan de guardar el amor, de perseverar en el amor, están dirigidas a los discípulos, que, en pocas horas, van a contemplar el testimonio definitivo del amor de Dios, el de la cruz, y pocas horas más tarde van a contemplar que el horizonte de este amor se abre a la eternidad con la resurrección de Cristo de entre los muertos.

Pero hasta alcanzar la vida del Resucitado y participar del amor definitivo, Cristo abre a los discípulos, y a vosotros hoy, el camino de la fe. Habréis de avanzar hasta la meta por él, como Abraham. La fe en Dios, la esperanza en sus promesas y el amor, el amor mutuo, el amor a Dios y el amor a todos, han de ensanchar nuestra alma hasta hacernos dignos de participar de este amor que libremente se nos da y libremente, y por tanto, responsablemente, hemos de acoger.

Dios os bendiga en su matrimonio. Dios sea bendecido por vuestro matrimonio. Amén.